JOSÉ VICTORINO LASTARRIA Y EL LIBERALISMO INTRANSIGENTE

(EN EL SIGLO XIX)

En 1888, Enrique Nercasseaux, a pocos meses de morir Lastarria, decía que él había sido durante toda su vida «un liberal por convicción y también por temperamento». Al decir «convicción» apuntaba sin duda a las ideas, a los principios, a la doctrina política. Y en efecto desde que en 1836 Lastarria se inicia como profesor (a los diecinueve años) hasta 1888 en que muere, su actividad literaria, pedagógica, parlamentaria y diplomática estará orientada por la causa liberal. Tal vez el rasgo distintivo en su caso haya sido la vehemencia con que durante toda su vida difundió esos principios. «Si hubiera de elegirse –escribía un cronista en1817- una persona que representase al liberalismo del siglo XIX en Chile, no podría ser sino Lastarria.»

¿Pero qué quería decir Nercasseaux cuando agregaba que Lastarria era también liberal por «temperamento»?. Pensaba sin duda en su idiosincrasia, en algunos rasgos de personalidad que lo mostraban como liberal aun en actividades que no eran propiamente políticas. En el aula, en el foro, en la tribuna, o en sus cuentos y novelas puede percibirse una índole enseñadora, un estilo conscientemente predicador, que busca persuadir con la palabra y que recurre a la elocuencia, al tono declamatorio y a la exuberancia verbal, una naturaleza íntima que podría calificarse de docente.

«Me di siempre por liberal -decía Lastarria al autodefinirse- pero nunca por pipiolo o por representante de partido alguno»[[1]](#footnote-1). Centrada en las libertades individuales mas que en las colectivas, su convicción liberal, como instigadora de sus acciones, carecía para él de parámetros externos; era más bien una causa personal recelosa del proselitismo, una causa moldeada en su propia conciencia, una causa absoluta e ideal. La cara externa de esta concepción casi religiosa del liberalismo fue en lo político la intransigencia, la idea de que los principios liberales eran absolutos y cualquiera que fuese la circunstancia no podían transarse. Los credos había que mantenerlos -pensaba- incontaminados. En 1880, casi al fin de sus días, fustigaba todavía las concesiones doctrinarias, la política que él llamaba «de la madre rusa», de esa madre que sorprendida en las estepas por una manada de lobos fue arrojando a sus pequeños, uno tras otro, tratando inútilmente de saciar a los lobos, hasta que cayó ella misma devorada:

“Esa es la política de los sacrificios inútiles… No, no debemos abandonar nunca la lógica y la integridad de las doctrinas. Las reformas a medias, incompletas, truncas comprometen y desprestigian más de lo que sirven…”[[2]](#footnote-2).

En definitiva, se aproxima a esa postura que proclama “¡Que se salve la libertad, aunque perezca el mundo!”. La clave de este estilo intelectual intransigente parece estar en algunos aspectos sico-sociales de su biografía. El padre de José Victorino, después de retirarse del ejército se estableció en Rancagua, donde un incendio consumió su negocio y sus ahorros. Cuando Lastarria llega a Santiago es un estudiante pobre, cuya familia carece de recursos y no figura entre el vecindario «decente» de la época. En una sociedad jerarquizada, en la que las familias de la aristocracia terrateniente acumulaban poder e influencias, ello representaba una considerable desventaja. El memorialista José Zapiola recuerda que en Santiago algunas escuelas estaban divididas en dos secciones, no por el grado de rendimiento ni por la clase de estudios, sino por la categoría social a la que pertenecía el niño. «Los más distinguidos –dice- ocupaban los dos lados del salón más próximos al maestro, que tenía su asiento en la testera». A un muchacho de provincia que llegaba a un mundo estamentado y que carecía de respaldo social, sólo le quedaba, para afirmar su individualidad, un camino: el estudio. Del joven rancagüino podría decirse lo que en la novela *Martín Rivas* se dice del protagonista: «Después del día siguiente [a su llegada de provincia] principió Martín sus tareas con el empeño del joven que vive convencido de que el estudio es la única base de un porvenir feliz, cuando la suerte le ha negado la riqueza». Así parece haberlo hecho Lastarria, que fue, recordemos, por sus dotes intelectuales el alumno de mayor renombre de José Joaquín de Mora en el Liceo de Chile y, más tarde, de Andrés Bello, en el Instituto Nacional y en sus lecciones particulares.

Hay que señalar que la educación tenía entonces un marcado carácter público: en los periódicos se publicaba cada trimestre un informe sobre el estado y el progreso de los alumnos, se anunciaban el inicio y el término de las actividades, se publicaban los resultados completos de los exámenes, señalando no sólo a los alumnos más destacados sino también a los mediocres y a los malos. Considerando, pues, la situación de Lastarria y la sociabilidad de la época, sobresalir intelectualmente e identificarse con la formación liberal que recibe de Mora (y en parte también de Bello), representaba para él una necesidad vital, una posibilidad de afirmarse y de trascender su origen.

Un documento de 1839, escrito a los 21 años (y que permaneció inédito hasta 1938)[[3]](#footnote-3) constituye un claro indicio de lo que decimos. Lastarria consigna allí los datos de su formación desde el momento en que ingresa en el Liceo de Chile. Da detalles de los cursos que siguió, del día exacto que rindió tal o cual examen y que entró o salió de tal o cual establecimiento. Incluye también los datos de su graduación forense en 1836 y su nombramiento como profesor de Legislación Universal en 1837 y de Derecho de Gentes y Geografía en 1838. Resulta curioso que recuerde con tanta exactitud la fecha de exámenes rendidos hace una década. Resulta también curioso el propósito del escrito. Parece ser un recuento íntimo en que revisa lo logrado en veintiún años, un documento de reafirmación vital: ¡esto es lo que he llegado a ser y lo que soy!. Un documento significativo por la precisión con que rememora sus estudios, y también porque excluye casi todo lo que no esté directa o indirectamente vinculado a su formación liberal.

De estos «papeles inéditos» es también reveladora la lista que compila en noviembre de 1838 «de los libros que poseo». En derecho incluye a Vinio, Campomanes, Filiangieri (*Ciencia de la legislación*); Constant (*Comentarios a Filiangieri*); Bentham (*Tratado de legislación*); Montesquieu (*Espíritu de las leyes*); Rousseau (*Contrato Social*); Pradt (*Concordato de América*); Destutt de Tracy (*Comentarios sobre las leyes*); y también a Lamennais (*Palabras de un creyente*). En literatura tiene poesía y sólo algunas *Novelas ejemplares* de Cervantes y *El Talismán e Ivanhoe* de Walter Scott. En total 263 volúmenes, 118 de derecho y 145 de literatura, historia y geografía. El inventario resulta elocuente por los títulos y por el modo en que está concebido: frente a cada obra Lastarria coloca su precio exacto. Al indicar con tanta precisión su valor está también valorizándose a sí mismo. Esos libros están integrados a su ser, son extensiones de su cuerpo que le ayudan a confrontar un medio social poco ventajoso.

Ni en *Recuerdos literarios* (1878) ni en ningún otro escrito se refirió Lastarria a sus padres, a su pasado provinciano o a la ciudad de Rancagua, donde transcurrió parte de su infancia. De su familia al único personaje que rescata es a su abuelo, Miguel de Lastarria[[4]](#footnote-4) . Un abuelo ilustrado, partidario de reformas liberales en las cortes españolas, defensor en Lima de los derechos de los mulatos y perseguido por la Inquisición por sus ideas antiescolásticas. La vida de Lastarria parece, pues, empezar con su existencia ideológica. Su nacimiento ocurre cuando toma contacto con las ideas liberales, y su padre real cede el paso a la paternidad ideológica de su abuelo. Esta identificación absoluta con los principios indica que Lastarria encuentra en ellos un refugio y una afirmación como individuo. El epíteto de *self made man*, que le diera Eugenio María de Hostos, sólo se entiende –considerando que Lastarria jamás tuvo fortuna personal- en el contexto de esta tenacidad por llevar adelante las ideas liberales, y junto a ellas, a su propia persona. De allí entonces ese liberalismo a ultranza, que angostaba la realidad al campo de las ideas y que aparece acompañado casi siempre por una actitud intransigente y algo altanera.

Este proceso de reafirmación individual y de construcción de sujeto (que se proyecta en sus discursos y ensayos) va dejando a través de los años una estela de mofas y burlas y otra de resentimientos e intransigencias. Era «hombre de pasiones vivas… tan vivas que nunca las ha podido refrenar», decía un comentarista en 1864. En *Recuerdos literarios*, Lastarria evoca a la juventud de fines de la década del treinta como «una… juventud selecta… y elegante, que figuraba con brillo en la sociedad… dando el tono en los estrados, y mirando por encima del hombro a los pocos *jóvenes educados*… *que se daban por liberales*». En 1849, momento de acalorada pugna política, *El corsario*, diario de los conservadores, llama a Lastarria «Huacho, roto, pícaro» y lamenta que se le hubiera dado educación. Y en 1850, otro periódico, lo pinta en versos satíricos como un pobretón «mal nacido, que… por ser algo se desvive», como un predicador de «libertades» y como un «chuchi fastidioso». Lastarria, por su parte, en carta a un amigo íntimo, confiesa que «No es patriotismo, ni ambición, ni vanidad» lo que lo mueve, «es solo odio», dice[[5]](#footnote-5).

Se trata, entonces, de un fenómeno de afirmación individual, pero incrustado en un proceso más amplio de afirmación social. En este sentido Lastarria representa –como lo deja entrever en 1844- los intereses de los todavía incipientes sectores medios[[6]](#footnote-6). Varias veces manifiesta su rencor frente a la oligarquía y también frente a individuos de origen más modesto que buscan identificarse con ella, a los “logreros” que presumen de “finos” sin serlo, a quienes -según afirma Lastarria- lapidó para siempre con un neologismo de su invención: «siúticos».[[7]](#footnote-7)

Ya maduro, el mismo Lastarria advierte que su susceptibilidad vidriosa tenía razones biográfico-sociales:

“Tuve que luchar -confiesa- con el ridículo y la difamación, y fui desde el principio burlón para evitar el ridículo violento para suprimir la difamación. De aquí la susceptibilidad, el excesivo amor propio, el mal genio que me atribuyen y que en general no han sido en mi naturales, sino obra del cálculo y premeditación… En la prensa, en los debates parlamentarios, he tenido que ser soberbio, contra lo que me parecía que indicaba desprecio o ridículo, altanero contra el poder que pretendía avasallarme, dogmático y perentorio contra todo error, implacable contra los especuladores y traficantes de la moral y de la política[[8]](#footnote-8)”.

A la luz de la idiosincrasia liberal de Lastarria debe entenderse, pues, su estrategia selectiva, lo que a lo largo de su vida elige y lo que desecha, lo que recuerda y aquello que prefiere, en cambio, olvidar. Su soberbia doctrinaria está vinculada a una marginalidad social que tiene como correlato un tema recurrente en su obra ficticia: el del proscrito. Proscritos son los protagonistas de su intento de novela histórica «El mendigo» (1843), de su alegato social «El manuscrito del diablo» (1849), de su primera novela extensa *Don Guillermo* (1860) y de su ensayo de novela naturalista *Diario de una loca* (1875). En todas estas obras los protagonistas son personajes marginados o perseguidos por un mundo en que priman los valores anti-liberales.

La intransigencia liberal de Lastarria lo predispone, por otra parte, a un liberalismo que hace hincapié en el desarrollo del individuo y en el carácter absoluto de la libertad, más bien que en el aspecto económico o en la democratización efectiva de la sociedad. Luis Oyarzún ha reparado en las poquísimas páginas que en sus obras, tan abarcadoras, dedica el publicista al tema de la economía, a pesar de haber sido Ministro de Hacienda (1862) en el gobierno de José Joaquín Pérez. Lastarria, al concebir el régimen Portaliano como la antítesis del liberalismo, asume una perspectiva que lo lleva a combatir apasionadamente la política de aquellos que concentran sus esfuerzos en el fomento de los intereses materiales, en desmedro de la libertad y de los fines espirituales de la vida. Además de incidir en su desinterés por la economía, esta perspectiva lo inclina a concebir en su obra ensayística la reforma ideológica (la transformación de la conciencia) como una etapa previa a la reforma económica e incluso política.

Hacia 1838, un año después de la muerte de Portales, Lastarria –como señalábamos- hace un recuento de su patrimonio ideológico, signo de que considera ya cumplida su etapa de formación. Ese año sus convicciones lo llevan a concebir un plan que habrá de orientarlo durante toda su vida y que puede, sin vacilación, adjetivarse de liberal e ilustrado. El plan consiste, según sus propias palabras, en «combatir los elementos viejos de nuestra civilización del siglo XVI para abrir campo a los de la regeneración social y política», lo que debe «conducirnos al gran fin» de la *emancipación* del espíritu, y con ella la posesión completa de la libertad, es decir del derecho[[9]](#footnote-9).

En 1868, Lastarria, dando una visión retrospectiva de la producción de sus últimos 30 años, hace referencias explícitas al plan de 1838. Consistió, decía, en:

“Atacar el pasado y preparar la *regeneración* en las ideas, en el sentimiento y en las costumbres… era un plan de guerra contra el poderoso espíritu que el sistema colonial inspiró a nuestra sociedad… Pretendíamos reaccionar contra todo nuestro pasado social y político y fundar en nuevos intereses y en nuevas ideas nuestra futura civilización”.

Por las dimensiones de la tarea propuesta, el plan es indicio de que Lastarria se identifica con ese tipo de escritor creado por el siglo XIX que se ve a sí mismo como conciencia intelectual del país. Los conceptos de «regeneración» y «emancipación» en que se centra el plan, connotan la idea de volver a instalarse en el carril de lo que se era y de liberarse de la sujeción en que se estaba. En su carácter bipolar la idea de regeneración es el eco de una concepción frecuente en los filósofos alemanes del período romántico (Lessing Herder), concepción según la cual el destino de la humanidad es congruente con el esquema bíblico de la pérdida del paraíso y de su posterior recuperación. Se trata de una regresión pero también de un progreso, de una idea que está entonces teñida de utopismo. Recreada abundantemente por la poesía romántica europea, esta concepción pierde el carácter mítico espiritual (las circunstancias históricas y el esquema liberal deslavan el neo-platonismo de la fuente europea) y se restringe a la idea de que «regenerarse» equivale a «desespañolizarse» y a recuperar la naturaleza humana trastornada por la conquista. Especialmente en sus primeros ensayos históricos la historia es para Lastarria un fenómeno dual. Concibe, por una parte, la evolución histórica como naturaleza, como desarrollo regulado por una racionalidad inmanente, separada del hombre. «La ley del progreso –explica en sus *Investigaciones* de 1844- es ley de la naturaleza» desde esta perspectiva la colonización española fue una empresa contra natura y la Independencia, el momento en que la naturaleza utlrajada empieza a recobrar su dignidad envilecida. Pero el desarrollo natural de la sociedad, que debía culminar en la democracia republicana, no basta, la historia tiene también otra dimensión, se necesita -dice Lastarria- el apoyo de la ilustración, del espíritu, para que así la tarea de la «regeneración», en que está todo aún por hacer, pueda llevarse a cabo.

El plan de 1838 busca, pues, transformar la conciencia y reeducar el espíritu como punto de partida para reformar las instituciones en un sentido liberal. Es un plan no de revolución (nada se dice de la tenencia de la tierra) sino de cambio cultural y que requiere, por ende, de todos los medios posibles:

“Había tenido –explica Lastarria en el prólogo a su *Miscelánea histórica* de 1868- que hacerme historiador… de dos civilizaciones, una que caduca y otra que se levanta, porque se necesitaba mostrar la deformidad, la incongruencia… de la primera en nuestra época… Había tenido que hacerme literato para auxiliarme en este propósito con todas las formas del arte… Había tenido, en fin, que hacerme publicista para trazar la nueva senda, para enseñar y hacer triunfar los principios democráticos… Obras políticas y literarias, grandes y pequeñas, francas o disfrazadas, insolentes o humildes, didácticas o de fruslerías, todo era bueno siendo oportuno y consagrado el gran propósito”.

Según Lastarria aun después de la Independencia la influencia negativa de la Colonia seguía operando en las costumbres e instituciones de la sociedad chilena, por ello el plan se propone reformar las conciencias para transformar la realidad. Desde esta perspectiva lo sustantivo para Lastarria es la emancipación de la conciencia, y lo adjetivo, la literatura, la historia, la prensa, el derecho, etc. Se trata también sin embargo, de actividades interdependientes, puesto que según “la ley de unidad del progreso social” -en la que Lastarria cree con fervor- es imposible que no se opere un progreso o retraso en la «emancipación» sin que este cambio trascienda en un progreso o retraso análogo en las diversas actividades, y también viceversa.

No es un plan directamente literario, aunque incluye sí una concepción utilitaria de la literatura. Para Lastarria la literatura no es sólo la expresión imaginaria, sino toda la expresión escrita, toda actividad intelectual que tenga un fin edificante, que difunda el ideario liberal y que tienda a transformar los residuos de la mentalidad de la Colonia en una nueva conciencia nacional. En 1868 el publicista se concibe a sí mismo como un soldado que ha tenido que batallar para llevar adelante las aspiraciones planteadas en 1838, un soldado que “hacía su tarea en la cátedra, en la prensa, en los puestos públicos, persiguiendo en todas estas esferas su propósito… valiéndose de todas las formas del arte, desde el drama y la novela, hasta el ligero artículo de costumbres; desde el estudio filosófico de las grandes cuestiones y de los grandes sucesos, hasta la ardiente polémica de su partido, desde el discurso severo y elevado, hasta la charla jovial y pasajera”.

A esta batalla hay que vincular también su vehemencia por promover instituciones literarias, como la Sociedad de1842, o el Círculo de Amigos de las Letras de 1859 y de 1869, o la Academia de Bellas Letras de 1873.

El plan es un medio para transformar la sociedad desde una perspectiva que Lastarria considera justa (y que responde objetivamente a la necesidad de modernización económica, social y cultural del país) y a la vez un mecanismo para lograr el reconocimiento que persigue. Se trata de un proyecto ilustrado en la medida que es racionalista, que tiene un fin didáctico y que presupone el poder de las ideas y la tendencia natural del hombre a la perfectibilidad; y de un programa liberal, porque la emancipación de las conciencias es para Lastarria un primer paso, al que debe seguir la modernización –en un sentido liberal- de las instituciones políticas, jurídicas, religiosas y educacionales.

Teniendo en cuenta lo que el propio Lastarria señala sobre su plan, podría concebirse su obra (relatos, cuadros de costumbres, novelas, memorias literarias, ensayos históricos, textos de jurisprudencia, folletos políticos, discursos parlamentarios, etc.) como un conglomerado de cañerías por la cuales –desde el depósito de su conciencia e intransigencia liberal- fluiría un mismo líquido. Esta visión implicaría, empero, suponer que el liberalismo de Lastarria fue una ideología monolítica, siempre igual a sí misma y aislada del desarrollo histórico del país. Lo acontecido, en cambio, es que experimentó una evolución, y que por lo tanto los rasgos generales a que nos hemos referido, aunque afloran una y otra vez, fueron también a menudo matizados por circunstancias sociales y políticas diversas o por la influencia de nuevas corrientes de pensamiento.

Pueden distinguirse, en este sentido, por lo menos cuatro etapas en su itinerario de publicista liberal: la primera incluiría el «Discurso» a la Sociedad Literaria, de 1842, las *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista…*, de 1844, y «El manuscrito del diablo» de 1849, fecha esta última que marca el momento más avanzado en su pensamiento político, un momento en que Lastarria a diferencia de otros liberales se manifiesta partidario de unir fuerzas con la Sociedad de la Igualdad y con un programa que podría calificarse de democrático burgués. En su Diario político que abarca desde 1849 a 1852, incluye fragmentos de un discurso en la Cámara de Diputados (1849) en que no es partidario de la movilización militar para castigar a los indígenas, considera como innecesario y antirrepublicano al ejército. En El amigo del pueblo Lastarria dice “se habla al pueblo de sus intereses y sus derechos, los opositores se alarman y me reconvienen porque dicen que con el amor a las masas no hacemos más que perder a muchos hombres serios que se amedrentan temiendo la revolución. Yo no les hago caso, porque entiendo que a la causa que defiendo le sirve más el apoyo de esas masas que el que pudieran prestarle esos hombres medrosos, que con su miedo no hacen más que mantener el país en el statu quo”[[10]](#footnote-10).

En la década de 1850, luego de un corto destierro (1851-1853), producto del fracaso del movimiento de 1851, se produce una involución en su pensamiento, un intento por desligarse de un pasado jacobino y por enmarcarse en un liberalismo idealista y antipopular que sigue de cerca a Benjamín Constant. Este período, que se prolonga hasta mediados de la época de los 60, incluye, entre otras obras, su cuento alegórico «Diario de una vinchuca» (1858), su novela alegórica *Don Guillermo* (1860) y el ensayo *Libro de oro de las escuelas* (1862). En esta etapa escribe también varios manuales y tratados de jurisprudencia.

El tercer momento, a partir de 1868, se caracteriza por un liberalismo positivista, en que Lastarria mezcla las tesis de Comte con sus propias ideas, combinando contenidos idealistas y cientificistas, y vistiendo con ropaje positivista a una concepción metafísica de la libertad. De este período destacan sus *Lecciones de política positiva* (1874) y sus novelas cortas *Diario de una loca* (1875) y *Mercedes* (1875), en que se hacen presente, sobre todo en la primera, elementos naturalistas.

La última etapa abarcaría desde 1876 hasta su muerte en 1888. Constituye más bien un momento de desilusión liberal, no de las ideas sino de la práctica política liberal, de los gobiernos liberales y del partido liberal. A esas alturas del siglo -para su liberalismo intransigente- resulta inaceptable la osmosis que se da tanto en el ideario como en la práctica política entre conservadores y liberales; da lo mismo ser lo uno o lo otro. Pero sobre todo se trata de una etapa en que Lastarria siente que no ha logrado el reconocimiento por el que venía batallando desde 1838, una etapa en que el resentimiento y el tono quejumbroso se convierten en tópicos obsesivos. Por otra parte, al sentirse proscrito, el publicista, a modo de respuesta, incrementa su vanidad y redobla el afán porque se reconozca su rol como precursor del desarrollo político y literario del país.

La obra más importante de esta etapa es sin duda *Recuerdos literarios* (1878), libro que intenta historiar el desarrollo intelectual y liberal de Chile y que está escrito desde la óptica de quien busca poner de relieve el papel que le cupo en ese desarrollo. Mezcla de memoria histórica, de ensayo a la Montaigne y de alegato legal, es una de sus obras más importantes por los datos que aporta para la historia de las ideas y de la literatura chilena. Libro en que convergen la organización cronológica y la ambición de documentar lo que se dice, con un tono de reflexión moral y con un autor que hace las veces de acusado, de principal testigo y de abogado defensor. Además de *Recuerdos* habría que mencionar en este período final su novela pre-modernista *Salvad las apariencias*, publicada en 1884 con el seudónimo de «Oriental». Resulta significativo que al final de su vida Lastarria adopte una preocupación esteticista enalteciendo la literatura como forma. No es casual que Rubén Darío le haya dedicado un soneto y le haya solicitado el prólogo de **Azul**, prólogo que debido a su muerte no alcanzó a escribir.

En cuanto a su obra literaria, la crítica ha destacado a Lastarria como impulsor del romanticismo (Alegría, 1947), como inaugurador del género cuento en Chile (Silva Castro, 1948, Castillo, 1959), como paradigma de una generación (Goic, 1967, Promis, 1977) o como el primer novelista moderno del país (Goic, 1967); no son, sin embargo, éstas las características que hacen de él un autor básico en la literatura chilena del siglo XIX, más bien, como hemos señalado en otra oportunidad[[11]](#footnote-11), constituyen afirmaciones discutibles y hasta difíciles de aceptar.

Que sea un autor básico no quiere decir que la suya sea una obra intrínsecamente fundamental. Sus creaciones, si se las considera desde el punto de vista de su composición, son en algunos casos insuficientes («El mendigo», «El manuscrito del diablo», *Don Guillermo*) y sus ideas literarias reinterpretaciones –a veces no bien asimiladas- de ideas y doctrinas europeas (como por ejemplo su Discurso en el Círculo de Amigos de las Letras, en 1869); a pesar de ello sus obras e ideas desempeñan un importante papel histórico y estético en la literatura chilena. Cuando afirmamos que es un autor básico decimos entonces que es un autor más importante para la historia literaria que para la literatura, para el sistema literario en su conjunto y para su estudio en términos de proceso, que para el husmeo filológico-estético de una obra determinada.

Su obra ficticia, a pesar de todas sus debilidades, es una desconstrucción permanente del orden católico-conservador y antiilustrado, legado por la Colonia. Su empeño constante por vincular la creación literaria a la experiencia social, trae consigo a la postre, más que un cambio de la realidad, un conocimiento dialéctico de las normas y obstáculos de la creación literaria. La carga ideológica y la índole docente de sus escritos, aunque limitantes en el plano estético, contribuyen a fomentar el espacio histórico-cultural en que se gestan obras como *Martín Rivas*. Lastarria es en definitiva un autor fundamental porque tanto a través de sus ideas como de sus obras abre y promueve un espacio para la cultura chilena liberal y republicana del siglo XIX, contribuyendo así desde múltiples facetas -como prototipo del intelectual decimonónico polivalente- a la construcción de la nación.

BIBLIOGRAFÍA

ALEGRÍA, Fernando, «Orígenes del romanticismo en Chile», *Cuadernos Americanos*, 5, México, 1947, págs. 173-193.

-«Lastarria: el precursor», *Atenea*, 139, Concepción, 160, págs. 48-55.

*Correspondencia entre Sarmiento y Lastarria*, 1844-1888, Anotada por M. Luisa del Pino de Carbone, Buenos Aires, 1954.

FALETTO, ENZO Y KIRKWOOD, Julieta, *Sociedad burguesa y liberalismo romántico en el siglo XIX,* Flacso (mimeografiado), Santiago, 1974.

FUENZALIDA GRANDÓN, A., *Lastarria y su tiempo*, 2 tomos, Santiago, 1911.

GOIC, Cedomil, «Lastarria y la democracia en Chile», *Atenea* 359, Concepción, págs. 226-249.

LASTARRIA, J.V., *Obras completas de Don J.V. Lastarria,* 14 tomos, Santiago, 1906-1934.

-*Diario político, 1849-1852* (No incluido en *Obras Completas*), Santiago, Revista Chilena, 1917 y 1981.

IÑIGO-MADRIGAL, Luis, «Lastarria y Don Guillermo», prólogo a *Don Guillermo* de J. V. L., Santiago, Nascimento, 1972, págs. 7-24.

OYARZÚN, Luis, «Lastarria y los comienzos del pensamiento filosófico en Chile durante el siglo XIX», *Revista de Filosofía*, Santiago, 1949, págs. 27-56; *El pensamiento de Lastarria*, Santiago, 1953.

PROMIS, José, «Las ideologías generacionales de la literatura chilena a través de documentos literarios», en *Testimonios y documentos de la literatura chilena*, Santiago, 1977, págs. 5-68.

RODRIGUEZ BRAVO, Joaquín, *Don José Victorino Lastarria*, Santiago, 1892.

SACKS, Norman P., «J.V. Lastarria: un intelectual comprometido en América Latina», *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 140, Santiago, 1972, págs. 152-193.

WOOL, Allen, «The Philosophy of History in Nineteenth Century Chile: the Lastarria Bello Controversy», *History and Theory*, 13, Connecticut, 1974, págs. 273-290.

-«Positivism and history in Nineteenth Century Chile: J.V. Lastarria and V. Letelier»,*Journal of History of ideas*, XXXVII, Filadelfia, 1976, páginas 493-506.

ZAÑARTU, Sady, *Lastarria, el hombre solo*, Santiago, 1938.

1. Lastarria, «Nota de uno de los Diputados de Rancagua al gobernador de aquel departamento», *Revista de Santiago*, T. III, Santiago, 1849, pág. 61. [↑](#footnote-ref-1)
2. Citado por Augusto Orrego Luco, «Don Victorino Lastarria, impresiones y recuerdos.», *Revista Chilena*, año 1, T. I, Santiago, 1917, página 12. [↑](#footnote-ref-2)
3. Papeles inédito de don J.V.Lastarria, *Revista Chilena de Historia y Geografia*, año VII, T. XXI, 25, Santiago, 1917, págs. 467-481. [↑](#footnote-ref-3)
4. J.V. Lastarria, «Noticias biográficas de don Miguel de Lastarria», en Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de Santiago*, Valparaíso, 1869. [↑](#footnote-ref-4)
5. Citado por Alejandro Fuenzalida Grandón, *Lastarria y su tiempo*, t. II, Santiago, 1911, pág. 364. [↑](#footnote-ref-5)
6. J.V. Lastarria, *investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los Españoles en Chile*, Santiago, 1844, págs. 94 y 98. [↑](#footnote-ref-6)
7. Valentín Gormaz, en su trabajo filológico y en Correcciones lexicográficas (1860) no incluye la voz “siutico”, voz que aparece sin embargo utilizada en la sección “Avisos que deben leerse” del periódico liberal El correo literario (1858); también figura en la novela Don Guillermo (1860). [↑](#footnote-ref-7)
8. Citado por Armando Donoso, *Recuerdos de 50 años*, Santiago, 1947, pág. 48. [↑](#footnote-ref-8)
9. J.V.Lastarria, «Prólogo», *Miscelánea histórica y literaria*, Valparaíso, 1868, T. I, p.v. Subrayado es nuestro. [↑](#footnote-ref-9)
10. Citado en J. V. Lastarria, Diario Político 1849-1852, publicado en Revista Chilena 1917 y 1918 y luego con introducción de Raúl Silva Castro, Santiago, en 1968. [↑](#footnote-ref-10)
11. Bernardo Subercaseaux, «J.V.Lastarria: intento de fundación de una literatura nacional», *Cuadernos Americanos*, I, México, 1979, págs. 175-186. «Nacionalismo literario, realismo y novela en Chile». *Revista de Crítica literaria latinoamericana*, 9, Lima, 1979, págs. 21-32. [↑](#footnote-ref-11)